

Participación significativa e ignorada de las Rabonas indígenas tacneñas en la Guerra del Pacífico

Significant and ignored participation of Rabonas, indigenous tacneñas in the Pacific War

¹Nelly Clemencia Villacaqui Julca

ORCID:0000-0001-5838-19-67

RESUMEN

Las Rabonas, generalmente, marchaban en la cola de la columna de los soldados de infantería, preparaban la comida y atendían a sus maridos, parejas, familiares o hijos; reparaban uniformes, los parchaban y reforzaban para su mejor resistencia frente al combate desigual, además, realizaban otras tareas domésticas. Es así que hicieron el papel de cocineras, enfermeras, apoyo logístico, religiosas santiguadoras, madres, consejeras, aguateras, enterradoras y amantes de sus parejas o esposos. Después, por situación involuntaria debido al sanguinario ataque del enemigo que no respetó ni siquiera a los niños, jóvenes o mujeres, en gran parte se quedaron solas, madres solteras o viudas con huérfanos, madres sin hijos o esposo, mujeres con carga familiar y, entre otros, huérfanas. Las valientes indígenas, iletradas en su gran mayoría, hicieron su propia historia, y a pesar de que no tuvieron nombres y apellidos, debemos considerarlas como merecedoras de honor y como representantes de una auténtica cultura social y ejemplo a seguir. A través de estas líneas, se rinde homenaje a nuestras Panaycunas (hermanas, en quechua).

Palabras claves: Cantinera, Guerra del Pacífico, indígena, Rabonas, repase, sacrificio.

ABSTRACT

Rabonas, generally, marched at the end of the column of the infantrymen, they prepared the food and attended to their husbands, couples, relatives or children; they repaired, patched and reinforced uniforms for their best resistance against unequal combat, in addition, they performed other domestic tasks. This is how they played the role of cooks, nurses, logistical support, sanctifying religious, mothers, counselors, water carriers, burials and lovers of their couples or husbands. Then, due to the involuntary situation due to the bloodthirsty attack of the enemy that did not respect even children, youth or women; they will largely be left alone, single mothers or widows with orphans, mothers without children or husband, women with family burden and, among others, orphans. The brave indigenous, mostly illiterate, made their own history, and although they had no names and surnames, we should consider them as deserving of honor and as representatives of a true social culture and role model. Through these lines, tribute is paid to our Panaycunas (sisters, in quechua).

Keywords: Bartender, Pacific War, indigenous, Rabonas, review, sacrifice.

¹Escuela Profesional de Historia. Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann. Tacna-Perú. E-mail: nelly2195villacaqui@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Según la historia nacional, el rol de las Rabonas, valerosas mujeres, trasciende la época republicana. Se menciona, en algunas obras, que esta tradición es prehispánica, los incas solían combatir junto con sus mujeres. Por ejemplo, Mama Huaco estuvo presente en la fundación del imperio incaico, este es un caso conocido por algunos textos como el relato del cronista Sarmiento de Gamboa (1943), mencionado en los ensayos de historia andina de María Rostorowsky (2006).

En el transcurso del siglo XIX, se produjeron diversas luchas por alcanzar la liberación del yugo español, enfrentamientos y resistencias desiguales tanto en instrucción, número de defensores, logística, tecnología en los armamentos, así como con el uso de la pólvora, entre otros acontecimientos, muchas veces, infructuosos por falta de unidad entre los peruanos. Sin embargo, quienes siempre estuvieron presentes en los buenos momentos y en las guerras o enfrentamientos fueron las conocidas mujeres acompañantes. Se cree que esta costumbre de las mujeres quechuas, collas, entre otras, de ir detrás de sus seres queridos, es antigua y que aún persiste como práctica en algunas zonas del país, marcadamente entre quechuas y aimaras. Es así que, desde los diversos movimientos de resistencia, las campañas de independencia, enfrentamientos entre los caudillos, la Guerra del Pacífico y, por último, los enfrentamientos civiles entre Cáceres y Piérola por la ambición del poder político, la presencia de la mujer fue muy significativa y de sacrificio, incluso a costa de su propia vida, siendo víctima también de la conocida práctica del repaso (Ahumada, 1884).

Sin embargo, a lo largo del tiempo ellas han sido ignoradas por escritores de diferentes rubros como cronistas, historiadores, literatos, entre otros. No han sido mencionadas ni nombradas en los libros de la época y hasta han pasado desapercibidas por la historia, sin un nombre propio registrado en ningún documento oficial. Tampoco existe entre los monumentos del campo del Alto de la Alianza ningún nombre de alguna Rabona reconocida. Entre las tantas cruces, al parecer ninguna la

representa y tampoco figura el nombre de alguna mujer. En el museo de sitio, entre algunos de los objetos de exposición existentes como son los restos de humanos, uniformes, algunos restos de armamento, utensilios personales y vituallas de guerra, entre otros, merece estar también una falda o pollera, una chaqueta que posiblemente perteneció a una tacneña corajuda que tuvo un rol protagónico cuyo aporte fue de gran ayuda, como apoyo al militar, al luchador indígena o a algún familiar, teniendo en cuenta que para aquel tiempo el ejército peruano todavía era informal y no institucionalizado. Algunos comentarios en diversos escritos dan a conocer que muchas de ellas quedaron tendidas sin vida al lado de su esposo repasado por el ejército enemigo.

A fines de la década de 1830, el viajero suizo Johann Jakob von Tschudi escribió: “En los ejércitos hay casi siempre tantas mujeres como hombres. Cuando Santa Cruz entró en Lima, su ejército consistió de 7,000 hombres seguidos por 6,000 mujeres” (Méndez, 2006).

Es posible que la denominación “Rabona” se utilizara en Bolivia y Perú. En Chile, se llamaba cantinera a la mujer que solía acompañar a los soldados de infantería. Pero, a diferencia de las peruanas o bolivianas, las cantineras eran contratadas y percibían, por tanto, un sueldo, vestían uniformes de su batallón, tenían los implementos necesarios para el apoyo logístico a su grupo militar y les cortaban el cabello. Fueron muy pocas chilenas del norte las que ayudaron voluntariamente, ya sea en cualquiera de las condiciones, como es el caso de esposas, madres, enamoradas, familiares o simplemente voluntarias de gran corazón y espíritu de lucha y servicio, quienes iban en las marchas y campañas militares (Larraín, 2000).

Se cuenta que algunas de ellas, incluso, se vestían de hombres con el uniforme repuesto de sus esposos, para pasar desapercibidas y cumplir su objetivo (Sagredo, R. y Gazmuri, C., 2006).

Mucho antes que el ejército peruano se institucionalizara, algunas mujeres incluso vivían junto a sus hijos, o a un costado de los cuarteles, para apoyar a sus esposos cuando estos eran levados. En relación a la

formalización del ejército peruano, hay discrepancias respecto a la fecha de constitución. Unos señalan que fue en octubre de 1820 con la creación del Escuadrón de Auxiliares de Ica. Otros investigadores señalan que la primera unidad peruana escoltó a la recién creada bandera; otros el 18 de agosto de 1821 con la Legión Peruana de la Guardia, y los últimos en noviembre de 1822 cuando el reciente instalado Congreso agrupa a todos los cuerpos peruanos en una división a la que llamó Ejército del Perú, bajo el mando del General Andrés de Santa Cruz.

Sin embargo, investigadores e historiadores coinciden en que se les llamaba “Rabonas” porque estas valientes mujeres marchaban en la cola o rabo de las columnas militares, llevaban consigo las prendas, ropa de cama, jalaban las ramas para armar el cobijo y toda la batería para preparar los alimentos y saciar la sed y el hambre de su indio-militar improvisado, ignorante, pobre; quien solo contaba, muchas veces, con sus instrumentos de labranza como armas para defenderse y defender a su patria. Los armamentos no eran funcionales en las manos de nuestros valerosos soldados, inclusive tenían en contra el idioma. Por lo tanto, no había una interrelación con los jefes instructores costeños o compañeros de causa, militares de infantería entre otros, solo se entendían con sus Rabonas.

Estas Rabonas muchas veces eran muy mal vistas, nuestras indias fueron tildadas de mujerzuelas, como lo manifiesta Flora Tristán, gran escritora de origen francés, quien llegó al país en busca de su arraigo peruano y fue observadora de hechos de trascendencia histórica, pero al referirse a las mujeres que lo dejaron todo por ir detrás de sus seres queridos, se refiere a ellas como “las vivanderas de América del Sur”, término utilizado en la Francia napoleónica para referirse a las mujeres que acompañaban al ejército francés como cantineras o vendedoras de provisiones, aunque las características propias de las Rabonas peruanas eran diferentes como refiere sorprendida la misma Tristán en *Peregrinaciones de una paria*. En este libro, Tristán (1837) narra que, al darse el alto, las Rabonas preparaban la comida y atendían a sus

maridos o parejas, reparando los uniformes, curando las heridas y realizando otras tareas domésticas, que en esa época incluso podían considerarse de logística. Además, manifiesta que estas valientes mujeres estaban armadas, y que sobre las mulas cargaban todo el bagaje necesario como las marmitas y las tiendas, entre otros pertrechos. Arrastraban en su séquito a una multitud de niños de toda edad. Hacían partir a sus mulas al trote, las seguían corriendo, trepaban así las altas montañas cubiertas de nieve y atravesaban los ríos a nado llevando uno y a veces dos hijos a sus espaldas. Cuando llegaban al lugar que se les había asignado, se ocupaban primero en escoger el mejor sitio para acampar. Enseguida, descargaban las mulas, armaban las tiendas, amamantaban y acostaban a los niños, encendían el fuego y cocinan. Si no estaban muy alejadas de un sitio habitado, iban en destacamento en busca de provisiones. Se arrojaban sobre el pueblo como bestias hambrientas y pedían a los habitantes víveres para el ejército. Cuando les daban con buena voluntad no hacían daño alguno, pero cuando existía resistencia se batían como leonas y con valor salvaje triunfaban siempre. Estas mujeres proveían las necesidades del soldado, lavaban y componían sus vestidos. Además, vivían con los soldados, comían con ellos, se detenían donde ellos acampaban, expuestas a los mismos peligros y soportaban aún mayores, cumpliendo los deberes de la maternidad. Es admirable lo que eran capaces de resistir.

HISTORIA Y ORIGEN

El origen de la Rabona se remonta al ejército realista peruano de las guerras de Independencia, donde los oficiales permitían que las mujeres de los reclutas (generalmente indígenas y mestizos de las alturas de la sierra) acompañaran en la campaña, incluso con sus pequeños hijos cargados en la espalda y otro cogido de la mano, y no faltaba más de uno, ya grandecito, ayudando a su padre. Es posible que esta modalidad haya sido una estrategia para evitar la desmoralización y desertión de la tropa durante los primeros meses del adiestramiento.

Durante el caudillismo de los primeros años de la república, también la presencia de la mujer

indígena de la sierra del Perú fue muy importante, pues estuvo apoyando a su hombre luchador en el campo de batalla. En la emancipación, el caudillaje, durante los enfrentamientos de la guerra del salitre y posteriormente en los conflictos por el poder entre Cáceres y Piérola, la mujer andina de las zonas altas de Tacna, con valentía guerrera al lado de su combatiente, derramó su sangre en dichos infaustos enfrentamientos.

Relatando la batalla de Tacna, el soldado boliviano Manuel Claros estampa en su diario que con sus compañeros fueron donde las vivanderas a conseguir algo de comer, y "felicemente donde la corocoreña Manuela pudimos conseguir un buen plato de caldo y asado" (Claros, 1980, p.52).

En nombre de todas ellas, que apoyaron y pelearon sin pedir nada a cambio, nuestra promesa debe ser infinita si se trata de defender la familia, el honor y la integridad de nuestra patria, hoy, mañana y por la eternidad, aun con nuestras vidas.

En Ayacucho, eran las Panaycunas (del quechua "hermanas"). Con el tiempo, muchas de ellas terminaban formando parte del batallón, y no era inusual que caído su hombre en combate le prodigarán los primeros auxilios y asistieran en su agonía o muerte, llegando a tomar incluso el rifle para continuar el combate y luego enterrar a su amado. Ellas no dudaron en pasar a las filas del militarismo. Si se daba el caso que la pareja era asesinada por las bayonetas del enemigo, la mujer podía apoyar a otro soldado, fuera indígena o no. Los hijos nacidos o criados en campaña solían pasar, en algunos casos, el resto de su vida ligados a la milicia, incorporándose como tamborileros, mandaderos, faeneros, aguateros, etc. desde la niñez, o como soldados desde la adolescencia y en algunas ocasiones quedaban reenganchados en el futuro.

Es posible que estas féminas Rabonas, bondadosas mujeres que acompañaban a los indios-soldados de Cáceres durante la invasión de los chilenos, no solo llevaran alimentos, vituallas de guerra (conjunto de alimentos para el grupo) y hasta aguardiente o cañazo para curar las heridas, sino también amor, pasión y belleza, para evitar también la desertión.

Según recogen Escobar y Parra (2009) en el Diario Correo, en la batalla, estas aguerridas mujeres eran las cocineras, enfermeras, curanderas, enterradoras y recolectoras de leña, además muchas veces, se veían en la necesidad de robar productos de los campos y chacras donde se proveían de víveres y verduras, frutas y hasta animales vivos. Cuando era necesario, cargaban también la bayoneta o las armas rústicas con las que contaban nuestros indios valientes, como lo investigaron algunos pocos estudiosos sociales, entre ellos el Ing. Julio Escobar Aguirre y el General del Ejército Peruano (en retiro) Germán Parra Herrera, quienes relatan lo siguiente: "Panaycunas o Rabonas combatieron junto a sus hombres, a los invasores chilenos no como una mezcla de ¿prostituta nativa? ni como rabo seguían a los ejércitos en marcha para la satisfacción sexual de los soldados, sino por cariño a la Patria. Raro, muy raro en la actualidad"

El término solo era utilizado para denominarlas en colectivo y no en forma particular. Quizás haya sido mencionado por primera vez por el gran poeta arequipeño Mariano Melgar (1813), en forma breve y luego haya sido plasmado en sus obras para referirse a estas luchadoras y sacrificadas indígenas, representantes de nuestra identidad nacional. Así como hay un monumento al soldado desconocido, que recibe reverencias, agasajos y homenajes en determinadas fechas ¿hay algún monumento o algo similar en homenaje a la "*Rabona desconocida*"? Es una ingratitud hacia nuestras mujeres indígenas guerreras, valerosas, muchas de las cuales jamás volvieron a sus hogares porque perecieron al lado de sus amados por luchar en defensa de nuestra tierra, dejando más de un huérfano y familiares desolados.

En plena resistencia en la Breña (Junín y Ayacucho), teniendo como cabeza al líder Andrés Avelino Cáceres "el Taita" o "el brujo de los Andes" como lo llamaban los lugareños, se supo que en adhesión a su causa miles de mujeres se estaban plegando a sus huestes del Mantaro, pero que fueron agredidas por los invasores chilenos. Por ello, envió a Lima al propio General Lynch, quien encabezaba la expedición chilena, una comunicación que decía: "vosotros están atentando contra la vida

de madres, hermanas y compañeras al haber ordenado que las indias que suban por las breñas sean fusiladas".

Las Rabonas construyeron su propia historia. Al referirse a ellas, los altos mandos o algún integrante de la infantería militar las denominaban con el apellido del esposo, puesto que nunca tuvieron nombres ni apellidos propios, fueron siempre indígenas de honor, llamadas así por el gran poeta Mariano Melgar, quien recoge en sus crónicas y sonetos su conducta como una auténtica cultura social. En 1813, el periódico *El Investigador de Lima* (N° 32) publicó la fábula "El ruiseñor y el calesero", donde Melgar critica el sometimiento de los gustos del pueblo a los caprichos advenedizos de la élite.

En el distrito Huaynacotas de la provincia de La Unión (Arequipa) se conmemora cada año a Santa Rosa como Patrona de las Rabonas. En Ayacucho, las pausinas sufren, cantan y juegan al amor en el Páucar del Sara Sara. En Ancash, siguieron llorando y sangrando en la Cordillera Negra (por los conflictos sociales en la década 1980...) (Escobar y Parra, 2009).

En fin, estas guerreras continuarán para ser recordadas por la Patria, que ya las comienza a reconocer gracias a algunos textos y representaciones artísticas (Delfina Paredes - declamaciones), documentales (Sucedió en el Perú) y otros. Pero también, ya es tiempo de que se reconozcan los derechos de estas mujeres resistentes, en su mayoría pobres indígenas iletradas, condición que no fue impedimento alguno para defender y apoyar a su hombre y a su país, aunque no fueran reconocidas en su momento, ni mucho menos indemnizadas.

A través de este escrito queremos recordarlas y destacar su gran coraje. Tenemos la esperanza de que algún día el país cuente con autoridades sensibles y con criterio humano y quizás sus descendientes y familiares sean indemnizados o sus parientes sean reconocidos como descendientes de estas grandes heroínas.

HISTORIOGRAFÍA

Manuel Atanasio Fuentes escribió un texto amplio acerca de las Rabonas en *Apuntes*

históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres, donde incluye un extenso párrafo ilustrado con xilografías, al que titula *Soldados y Rabonas*. En él, Fuentes (1985) señala que "El complemento necesario del soldado peruano, y sin el cual no tendría ni resignación ni valor, es la Rabona" (p. 249).

Entrado el siglo XX, los historiadores Jorge Basadre y Pablo Macera hacen un breve comentario, pero solo se refieren a aquellas Rabonas que habían participado en las guerras de Independencia. En la representación artística, el interés es posterior a la emancipación. Se inicia en la obra del pintor Pancho Fierro (Figura 1), continuado por el francés Leonce Angrand y el español Ramón Muñiz. También es necesario mencionar algunas xilografías y litografías que ilustran los libros de Paul Marcoy, Manuel Atanasio Fuentes y Carlos Prince.



Figura 1. Rabona y soldado.
Acuarela de Pancho Fierro, mediados del siglo XIX.

El general Andrés García Camba (2016) refiere en sus memorias que durante la batalla de Umachiri, el campamento realista fue atacado por un numeroso contingente de rebeldes y que la defensa fue asumida por los pocos soldados que se encontraban y por las mujeres que acompañaban al ejército, quienes dirigidos por un capellán lograron rechazar el ataque. El mismo oficial señala, luego, que en 1817 el virrey Pezuela trató infructuosamente de desterrar esta *perniciosa costumbre* de que un ejército de mujeres siguiera a las tropas en sus expediciones en el Alto Perú, las cuales, si bien

ofrecían la conveniencia de preparar diligentes la comida de sus relacionados, aumentaban desmedidamente el consumo y eran una langosta para los pueblos, haciendas o rancherías por donde pasaban.

Un caso particular se presenta en las *Memorias del general argentino Gregorio Araoz de Lamadrid*, donde Araoz (1895) narra su última incursión en el Alto Perú en 1817 y refiere “que las mujeres eran distractivo”, por lo tanto, prohibió la presencia de las Rabonas; en algunos casos aceptó, pero solo a las esposas para que cuidaran de sus maridos.

El geógrafo e investigador británico sir Clements R. Markham (1881) cuando se refiere al ejército peruano en su obra *La guerra entre el Perú y Chile* publicada en Londres, narra lo siguiente:

“Se permite a las mujeres de los reclutas, llamadas rabonas, seguir a los regimientos en que sirven sus maridos. No reciben ración, sino que se alimentan con parte de la que toca a sus cónyuges. Estas fieles y sufridas criaturas siguen a los ejércitos en sus largas y fatigosas marchas, llevando las mochilas y utensilios de cocina, carga que a veces agrava el peso de un niño de pecho. No bien se hace alto, la rabona se afana en preparar el alimento de su marido, que, por lo común, tiene ya dispuesto al romperse las filas. En el combate se le ve atendiendo a los heridos, satisfaciendo sus necesidades y mitigando el sufrimiento de la sed intensa. El agua es escasísima y un precioso elemento en los arenales del Perú, mas, la rabona casi siempre se ingenia para tener con que humedecer los labios del herido. Otras veces, puede vérsela buscando el yacente cadáver de su amado e imprimiendo en sus labios el último beso, indiferente a las balas que silban en su derredor”.



Figura 2. Etna Velarde - Museo Cuartel Real Felipe, Callao-Lima (copia de EL REPASE, óleo de Ramón Muñiz que ilustra la GUERRA DEL SALITRE).

En el *Mercurio de Valparaíso*, citado por Benjamín Vicuña Mackenna (1981) en *Historia de la Guerra del Pacífico*, se señala que:

“Los soldados chilenos son por instinto feroces y carniceros; no se satisfacen con ver muertos a sus enemigos; creen que se hacen los muertos, y para *dejar bien muertos a los muertos*; terminada la batalla recorren el campo y ultimán a los heridos; a este acto de barbarie casi increíble le dan el nombre de *repaso*; y de ello se jactan.” (p. 717)

Si describimos detalladamente el cuadro *El Repase*² (Figura 2), podemos distinguir claramente que, la Rabona suplica por la vida de su hombre. Sin embargo, el ruego y llanto no lograron su objetivo de salvar la vida de su soldado indígena. Incluso se observa, al parecer, el cadáver de su niño al costado y sus pertenencias que le sirvieron para la atención de su improvisado combatiente. Estas mujeres, en la mayoría de los casos, ofrendaron sus vidas al lado de sus hombres. A muy pocas de ellas los enemigos les perdonaron la vida y pudieron regresar a sus casas o tierras en condición de viudas. En el caso de la muerte de su militar, tomando mucha fuerza y bañada en lágrimas, la

²La obra original *El Repase* fue pintada en 1888, pocos años después de terminada la Guerra del Pacífico (1879-1884). Ilustra a un soldado chileno armado de un fusil con sable-bayoneta, a punto de ultimar a un herido peruano que es auxiliado por una Rabona indígena a la que acompaña un niño de pecho que yace en el suelo.

Rabona se convertía en su enterradora e incluso podía llevarlo sobre su espalda para trasladarlo de un lugar a otro, ya sea para ser atendido por sus heridas o, como en la mayoría de los casos, para enterrarlo en un orificio hecho por ella misma. Así evitaba que sus seres queridos sean amontonados en una fosa común o arrojados al mar, como si fueran piedras, no sin antes haber sido despojados de sus pertenencias por los enemigos chilenos (Leonardini, 2004).

Era verdaderamente conmovedor el espectáculo que ofrecían unas 300 o 500 Rabonas cuando ascendían a la cuesta y, luego, cuando iban descendiendo hacia Tacna con sus hijos a la espalda, sus ollas de comida en la mano, las lágrimas en los ojos y una queja dolorida en los labios, ya sea por los sufrimientos, necesidades o por la muerte de su amado o algún familiar o un connacional que derramó su sangre en los campos dejando ejemplos de patriotismo (Milla, 1980).

En un escrito con respecto a las valientes, el Capitán argentino Florencio del Mármol, agregado al Estado Mayor Boliviano, refiriéndose a la Batalla de Tacna, 26 de mayo de 1880, escribe:

“Aunque al iniciarse el combate eran generalmente enviadas a retaguardia para colaborar con los servicios de ambulancia, algunas llegaban a tomar parte en las acciones y por sus méritos militares eran promovidas en el mismo campo de batalla e incluso se hacían merecedoras de una pensión militar como cualquier veterano si es que resultaban heridas”.

Tal fue el caso de María Olinda Reyes, Rabona pierolista conocida entre la tropa como Marta, quien participó en la guerra con Chile y la guerra civil de 1895, donde alcanzó el grado de capitana y obtuvo perdurable fama en el ejército, y es recordada en una marinera:

Muchachos vamos a Lima que viene la montonera, con Felipe Santiago Oré y Marta la cantinera (Fragmento Vals peruano de antaño).

Don Isaías y Oré con Marta la Cantinera maneja una fuerza entera esa valiente mujer (Fragmento Décima de

pie forzado).
(Respaldiza, 2012).

La hazaña de Marta, cantinera, mujer que luchó en la Guerra del Pacífico, integró la montonera de Chíncha, en Ica. Era una mulata de estatura alta, grandes ojos negros de mirada arrobadora, cintura de tentación y un cuerpo con curvaturas, pelo ensortijado, era enérgica, de rápidas decisiones y a veces un poco intrépida. La captura de la torre de Santo Domingo era el gran objetivo de los pierolistas, Marta se pone el fusil a la banderola y se tira a rampar lo más pegada al suelo, las balas silban sobre su cabeza, ella se arrastra despacio y hace rodar su cuerpo hasta chocar con la pared. Suena una bala que le cae en una pierna, ella a pesar de estar herida avanza y ocupa la torre de Santo Domingo, esta hazaña le valió para ganar el grado de capitana, un torniquete impidió que la hemorragia acabe con su vida (Basadre, 1968).

Cabe destacar que en la relación oficial de jefes, oficiales y tropa de Barranco se puede apreciar la participación de 4 mujeres entre la nómina de artilleros. Sus nombres: Guadalupe Preciado, Mercedes Alegre, Rosario Avalos y Carmen Zapata. Sin duda este dato marca un hito en la participación femenina en la historia militar del Perú (Diario El peruano, 8 de octubre de 1880). El héroe de la Breña, Andrés Avelino Cáceres, elegido presidente entre 1886 y 1890, realizó un buen gobierno, pero en 1894 fue ungido presidente por segunda vez mediante un proceso electoral no muy claro. Asumió el mandato en agosto de ese año, aunque el país se encontraba sumergido en una grave crisis económica, los servidores públicos se encontraban impagos, cundía la represión, las cárceles se abarrotaron de presos y las ciudades se llenaron de soplones. Comenzaron a circular pasquines contra el gobierno como *El esqueleto del tuerto*, entonces también surgieron las montoneras antigubernamentales. Los seguidores pierolistas se aliaron con el Partido Civil formando la Coalición. Don Guillermo Billinghurst fue el encargado de viajar a Chile en busca de Nicolás de Piérola para que asuma el liderazgo de la Coalición, agrupación que logró juntar más de dos mil hombres.

En la madrugada del domingo 17 de marzo de

1895, un grueso grupo montonero encabezado por Nicolás de Piérola entra por la Portada de Cocharcas a fuego limpio y arrollan a los soldados del gobierno, avanzan hasta la plazuela del teatro, donde instalan su cuartel general. Los montoneros ingresan por distintas portadas; En una de ellas, la columna de vanguardia que ingresa por la antigua hacienda San Borja al mando del coronel Felipe Santiago Oré, van también su hija y lugarteniente La Goya Oré y Marta la Cantinera. Esta última es herida tras capturar una pieza de artillería.

Aunque las Rabonas fueron muchas veces rechazadas y denominadas malas mujeres o vendedoras de alcohol, en ocasiones recibían un pago de la caja del cuerpo de la milicia. Además, eran empadronadas en listados elaborados por la inspección del ejército donde se consignaba su nombre y el "soldado a que pertenece"(Cuya, 2017).

En el periódico "El Nacional" del 9 de diciembre de 1876 dice:

“Las rabonas del batallón Ayacucho en número de doscientas fueron hoy al palacio de gobierno, pidiendo se les remitiera al lugar donde se encuentran sus esposos. Las amorosas, como también se les llama, renuncian al diario pago que se les da, a fin de cubrir con los gastos que ocasione su viaje”.

A principios del siglo XX, la figura de la Rabona fue desapareciendo paulatinamente debido a las reformas implementadas en el ejército y las variaciones en el servicio, convirtiéndose finalmente en un personaje del recuerdo, pero ya es hora de que la historia y nuestro país las recuerde. – Sobre todo, que su gran aporte humanitario y desinteresado y que la gran inversión de su fuerza, su trabajo, amor y coraje sean reconocidos, así como su representatividad étnica, social, identidad cultural, familiar y logística, entre otros.

EL SOLDADO DESCONOCIDO Y LAS RABONAS

En el Morro de Arica y alrededores, la superioridad numérica del enemigo durante la

guerra de 1879 se impuso. Para los fastos de la historia, la heroicidad peruana, el Soldado Desconocido y las Rabonas heroicas representan la consagración devota por los propósitos de la patria. Bolognesi, Ugarte y Moore simbolizan tiempos de gloria y civismo. La muerte por degollamiento con cuchillo curvo, por parte del invasor chileno, a los heridos y sobrevivientes, muestra el salvajismo primitivo que sucesivas promociones de panegiristas han pretendido nombrar como parte de un comportamiento de guerra justificado por el enemigo. En esas pampas arenosas y altiplanicies está firme como inolvidable, la sangre patriota de hombres, mujeres, jóvenes y hasta niños, vertida en defensa del Perú (Mujica, 2008).

Las Rabonas existieron en el Perú antes de que se profesionalizara y modernizara el ejército, como se ha mencionado. Durante la guerra con Chile, las Rabonas fueron registradas oficialmente, según la historiadora Maritza Villavicencio (1992). Estas valerosas mujeres consagradas a sus tareas paliaron la ineficiencia del estado de entonces y fueron sobre-explotadas al entregar toda su fuerza productiva a cambio de poco o casi nada de salario que obviamente poco o nada satisfacían sus necesidades básicas.

Estas indígenas, de la sierra peruana, fueron llamadas soldaderas en otros lugares de América hispana, conformaban un grupo social, que se distinguió de otro tipo de población femenina participante en las contiendas. Una vez profesionalizado el ejército, a fines del siglo XIX con el presidente Piérola en 1896, se crearon las escuelas oficiales, se suprimió la figura de las Rabonas, quienes participaron en las diversas batallas pero que, por pertenecer a la población indígena-campesina, fue menos recompensada.

En Tacna como en Arica, en el Alto de la Alianza como en el Morro, sobresalió, cuasi desnudo y sin balas, por su valor epónimo, constancia, heroísmo y empuje, el soldado desconocido; y cuando cayó derrumbado por proyectil enemigo, las mujeres estaban llanas a prestar auxilio e incluso empuñaron el fusil y

pelearon, reemplazando al compañero muerto y en muchos casos sacrificando la vida por los suyos. Constantes, firmes, recurrentes, sus rostros indefinidos, que podrían ser los de millones de peruanos a lo largo y ancho del país, corren, disputan, disparan, una y mil veces en los campos de batalla, dándole gloria al hombre y mujer de abajo que vibraron al compás de una sangre indomable que moría, pero sin rendirse (Mujica, 2008).



Figura 03. Soldado con su Rabona (Pancho Fierro).

RABONAS BOLIVIANAS EN TACNA

Se cuentan varias Rabonas bolivianas participando en la batalla del Campo de la Alianza, las que resaltan para la historia boliviana e internacional son Andrea Rioja de Bilbao y Genoveva Ríos, esta última era tan solo una niña.

La primera, Andrea Rioja fue huérfana de madre y se incorporó a la Cruz Roja boliviana voluntariamente como una simple enfermera, asistió a los militares en San Francisco y Tarapacá antes de llegar a Tacna y brindar su apoyo en el campo. Como sobreviviente a la catástrofe, donde también muchos de sus paisanos perdieron la vida, regresó al pueblo de Arampampa a pie, después de pasar la cordillera y sus desiertos de Lipez, Sajama, las pampas de Aullagas entre otros lugares agrestes, llegó a la tierra que más amaba la cual solo dejó por un tiempo para brindar sus servicios de apoyo a sus connacionales. Su padre murió en defensa de Pisagua. El 20 de mayo de 1930, mediante Decreto Supremo, el presidente Hernando Siles, la declaró “Mujer meritoria de la Campaña del Pacífico”, sin

premio alguno de dinero.

En segundo lugar, tenemos a la colaboradora Genoveva Ríos (niña), hija del Comisario de la Policía Marítima boliviana. El 14 de febrero de 1879, el Ejército chileno había desembarcado en Antofagasta. Entre la confusión y el baleo, los incendios de barracas y almacenes, entre el pánico desconcertante, la admirable niña fijó sus ojos en el edificio de la Policía, donde aún flameaba la enseña tricolor. Genoveva volvió al sitio, se encaramó por una ventanilla y desatando las piolas se apoderó de la bandera como si en ese estrujo estuviera protegiendo la misma imagen de la patria.

También resaltan otras mujeres, quienes con gran coraje pelearon, como Estefanía Vargas, que tomando el fusil de uno de los muertos se mezcló en la pelea; Francisca N. de Torres, esposa de uno de los combatientes, que después de luchar sirvió de hermana de la Cruz Roja en el campo de batalla; la señora Ignacia Zevallos, que prestaba servicios en la ambulancia boliviana, se ataviaba con lo mejor de sus adornos femeninos para tomar parte en la contienda (Leonardini, 2014).

Trae el recuerdo de las mujeres mexicanas, quienes también participaban en las batallas bien adornadas, especialmente las más jóvenes.

En la Batalla del Campo del Alto de la Alianza (Tacna), el 26 de mayo de 1880, dos mujeres se destacan por su coraje, humanitarismo y valentía a la hora de atender a los heridos: Ignacia Zevallos y Vicenta Aredes Mier, incluso se dice que entregaron soldados chilenos caídos en el campo de batalla (Milla, 1980).



Figura 4. Rabona en marcha. Obra Pancho Fierro trabajada con acuarela.

En la campaña terrestre del sur, las heroicas tarapaqueñas se batieron. Desafiando las balas y los peligros de la batalla, proporcionaban agua al sediento ejército, y convirtieron sus casas o solares en hospitales para albergar a los heridos. Emma Mannarelli proporciona algunos nombres que deben quedar registrados en la historia y en el recuerdo de los peruanos: Petronila Núñez, Mariana Vilchez, María de Torga e hijas. En la Breña encontramos a la señora Antonia Moreno de Cáceres, esposa del caudillo. Otra de las mujeres ilustres que colaboraron con la resistencia de la sierra fue Clorinda Matto de Turner, quien apoyó en lo económico, material y humanamente al habilitar su casa en Tinta para el cuidado de los heridos.

El papel de las Rabonas fue reportado en diferentes relatos de viajeros, por ejemplo, el suizo Johan Jakob von Tshudi escribe en *Perú: esbozos de viajes realizados 1838 y 1842*, que en los ejércitos hay casi tantas mujeres como hombres.

“En el claustro del antiguo convento de Tarma, transformado en caserna, las rabonas pasaban una parte del día sentadas en el suelo, con la cabeza entre las manos como las momias... mientras descansaban así de sus últimas etapas” (Extracto del programa Sucedió en el Perú, 2009).

LAS RABONAS SEGÚN JORGE BASADRE

César Augusto Pérez Zúñiga era niño cuando empezó a escuchar las hazañas de guerra de su bisabuelo. Pablo Pérez Campell, quien combatió contra Chile (1879-1883), formó parte del batallón Zepita que luchó en Tarapacá. Sobrevivió, a pesar que fue herido de bala en la pierna derecha, para contar sus historias que llegaron al oído del bisnieto, César Augusto. Entre tantas anécdotas muy tristes, comentaba que fue salvado y curado por una de las tantas mujeres (Rabonas). Al igual que otros héroes, después de la contienda en la que ofrendaban su vida, sus restos o cuerpos inertes fueron recogidos y ocultados en las chozas. En algunos casos, las Rabonas les ponían la ropa de los soldados chilenos para evitar que sean lanzados al mar, y más de uno fuera reconocido por un militar argentino sobreviviente, Roque Saénz

Peña. Es así que las Rabonas los protegieron de ser arrojados al mar o a la fosa común, con la mayoría de soldados peruanos caídos. Después, algunos de los cadáveres fueron rescatados de a pocos (Villalobos, 2019).

Para alimentar a las tropas peruanas, existían las Rabonas. Fueron nombradas así porque iban detrás de los batallones. En su mayoría, según Basadre, las Rabonas serranas eran esposas, amantes o familiares de los soldados. Iban cargando a sus hijos en la espalda. Ellas eran las encargadas de alimentar a los hombres, darles los primeros auxilios e incluso llegaron a combatir cuando sus seres queridos eran heridos (Basadre, 1968).

Con la autoridad intelectual y patriótica que caracteriza al doctor Jorge Basadre, él se refirió, con justicia, a esta típica representante de la femineidad peruana. Además, señaló que la “Rabona exaltó las virtudes de abnegación, valentía y sacrificio que la animó permanentemente”. También refiere que “Así como del colonaje nos acordamos demasiado de las calesas y nos olvidamos de los obrajes, así también en la República, el recuerdo es para las tapadas con el olvido de las que lucharon por la independencia”. La Rabona consoló, enjugó lágrimas, calmó la sed y cuidó de las heridas del soldado; interpuso su mano entre el indefenso abatido y la bayoneta del enemigo que lo repasaba; imploró, lloró y oró amargamente ante el cadáver del ser que era todo su mundo; lo ayudó a morir bien, le cerró los ojos y lo enterró; tomó sus armas y continuó con bravura la defensa de su patria. Por todo ello, hoy y siempre, nosotros los peruanos debemos expresar nuestro infinito agradecimiento a todas estas mujeres que supieron dejar bien en alto el coraje, la tenacidad, el estoicismo la voluntad y el amor a la patria

Es así que el gran historiador peruano y tacneño de nacimiento, Jorge Basadre, exalta el valor de las Rabonas, y las conecta con la mariscala “doña Francisca de Gamarra”, mujer consagrada a la acción y a la lucha quien fuera ella la venganza de las Rabonas frente a las orgullosas tapadas limeñas, enfrascadas en la belleza y las costumbres europea (Basadre, 1968).

Además de las valientes mujeres andinas, como es el caso de las Rabonas, también hubo aportes de otras mujeres ciudadinas, como las arequipeñas. Ellas contribuyeron con su esfuerzo incondicional confeccionando uniformes para nuestros soldados, docenas de medias y prendas interiores para los valientes hombres. A un costado de varias máquinas de coser, dan pie a la historia de César Augusto Pérez, descendiente y coleccionista, sobre la contribución de estas generosas mujeres, quienes confeccionaron 7 mil camisas para los varones que marcharon a la guerra. En el museo de Arequipa, portal de la Municipalidad de Arequipa, se exhiben 500 piezas del conflicto de 1879. La colección pertenece a César Augusto Pérez, descendiente de uno de los oficiales del Ejército Peruano.

Manuel Claros relata un incidente antes de la batalla de Tacna, en pleno bombardeo de los chilenos que probaban las defensas aliadas en la meseta del Intiorko; indica que una Rabona, de nombre Lorenza (cochabambina), había venido a la fila de combate a vender panes, cigarros, fósforos, etc. Allí habían estado comprando cigarros dos soldados cuando la bomba cayó al extremo de la pollera de la mujer Rabona enterrándola con una columna de tierra; esta, restregándose los ojos decía en quechua “señor, tome su medio de cambio”, y continuó con el negocio (Claros, 1980).

CANTINERAS CHILENAS EN PERÚ

Entre las motivaciones que las mujeres tenían para enrolarse estaban su gran espíritu de servicio y amor a la patria. Aunque también debemos tener presente que muchas lo hicieron movidas por situaciones personales, buscando incluso algún tipo de bienestar, siguiendo a sus parejas e hijos. Usualmente, las cantineras formaban parte de sectores sociales medio-bajo y bajo, la mayoría de ellas provenía de grandes ciudades como Santiago y Valparaíso.

Entre las cantineras chilenas destacan Irene Morales y la Sargento Candelaria Pérez. Irene nació en el barrio de La Chimba, Santiago, el 22 de octubre de 1848. Al morir su padre, ella y su madre se fueron a vivir a Valparaíso donde se desempeñó como costurera. Cuando su madre murió, Irene vendió su máquina de coser para

conseguir transporte hasta Antofagasta. En esta ciudad se casó con un músico chileno, Santiago Pizarro, quien tiempo después fue condenado a muerte por asesinar a un soldado boliviano. Cuando se generó la ocupación chilena de Antofagasta, Irene se presentó al Ejército de Chile, y luchó como soldado en la batalla de Dolores, destacándose de tal manera que el mismo General Baquedano autorizó su nombramiento como cantinera. Irene participó siempre en primera fila (Pisagua, Dolores, Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores), prestando además servicios de curación de heridos y moribundos. Finalizada la guerra, volvió a Santiago, donde luego de unos años murió humildemente en el año 1890. María Quiteria Ramírez (María la Grande), oriunda de Illapel, en 1879 bordeaba los 31 años. Vivió durante bastante tiempo en Iquique y fue amiga de Irene Morales. Prestó servicios en el regimiento 2° de Línea, donde fue detenida por los peruanos y llevada a Arica. Sus compañeros la llamaron “María la Grande” debido a su estatura. Tuvo un destacado papel en la batalla de Chorrillos, donde incluso tomó el fusil y combatió junto a sus compañeros. Al volver a Chile, reside en Santiago, pero muy enferma del hígado.

Juana López nació en Valparaíso en 1845. Junto a su esposo Manuel Saavedra y sus tres hijos se integró al Ejército para ir a luchar al norte. Sin embargo, su familia quedó dividida en distintos regimientos. Su esposo y dos de sus hijos mueren en la batalla de Dolores, mientras que su último hijo muere en la campaña contra Cáceres y sus montoneras. La presencia de la mujer chilena en la Guerra del Pacífico (Larrain, 2006).

A pesar de estas pérdidas, se quedó en servicio hasta el final del conflicto. Entró a la capital peruana portando una espada que arrebató a un oficial enemigo. En ella escribió las fechas de las batallas en las que participó (Antofagasta, Pisagua, San Francisco, Tacna, Chorrillos, San Juan, Miraflores), agregando además un breve mensaje. Vuelve a Chile con una espada y tres medallas, una por la Campaña de Lima, otra por Huamachuco y una otorgada por la Municipalidad de Valparaíso. La pensión que le asignaron fue de 15 pesos (mientras que la de los hombres se acercaba a los 200 pesos). Muere víctima de una endocarditis en 1904.

Durante agosto de 1910 se realizó un acto en el cementerio general, donde Juana fue homenajeada y su tumba se hermosea (Chávez, 2010).

CONCLUSIONES

Debemos resaltar la presencia y participación activa de las Rabonas heroínas, tanto en los movimientos pro independencia, enfrentamientos entre civiles caudillos, en la Guerra del Pacífico (1879) y su apoyo en los conflictos políticos sociales de la década de los años 80 en el país; cuyo sacrificio, valentía y entrega no han sido mencionados por cronistas, historiadores e investigadores.

Es probable que su aporte no haya sido considerado relevante o trascendente por tratarse de mujeres indígenas, que a pesar de todo se organizaron, acompañaron a sus maridos a la sangrienta guerra, se encargaron del apoyo logístico, fueron enfermeras, cargaban las bayonetas, se encargaban de los alimentos, limpieza, sin mencionar lo más doloroso, que era enterrar a sus amados seres cuando perdían la vida defendiendo a la patria.

En muchas ocasiones, asumieron roles esporádicos de soldados improvisados, en la guerra y empuñaron las armas, por ello no resultó extraño encontrar entre los cadáveres esparcidos en el campo de batalla soldados junto a sus heroicas mujeres e hijos.

Las Rabonas formaban una tropa considerable, la cantidad muchas veces era casi similar a la de los soldados. Estas valerosas mujeres precedían al ejército por espacio de algunas horas, preparaban todo en el campo, dentro de casuchas precarias, que debían ocupar, también llevaban a sus niños de todas las edades.

El hecho social de participación femenina vino desde las guerras por la Independencia, pasando por las luchas caudillistas, hasta la Guerra del Pacífico. Mujeres del pueblo que siguieron al Ejército combatiente, muchas de ellas fueron pasadas a cuchillo en el mismo Campo de la Alianza.

Los efectos negativos de los diferentes conflictos comprometieron la salud física y mental de las mujeres alto andinas de manera diferente a los varones. Las Rabonas fueron

quienes se vieron obligadas a migrar o a desplazarse. Además, tenían que enfrentar y afrontar la situación que les tocó vivir haciéndose cargo de sus familias desestructuradas por la pérdida de sus esposos o hijos. Es así que las viudas se vieron obligadas a enfrentar la pobreza, sin recurso económico alguno más que sus propias manos, empezando de cero, en condiciones de analfabetismo, sin apoyo, asumieron la sobrevivencia de su familia.

REFERENCIAS

- Araoz, G. (1895). *Memorias del General Gregorio Araoz de La Madrid*. Buenos Aires: Establecimiento de Impresiones de Guillermo Kraft.
- Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico: Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*. Valparaíso: Imprenta i litografía Excelsior.
- Basadre, J. (1968). *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Lima: Edit. El Comercio.
- Chávez, J. (2010). *La Guerra del Pacífico y la Idea de Nación*. Lima: La casa del libro viejo.
- Claros, M. (1980). *Memorias de la Guerra del Pacífico*. La Paz: Instituto de Investigaciones Históricas y Culturales de la Paz.
- Cuya, R. (2017). *Historia de la Guerra con Chile. Jorge Basadre y las razones de una guerra*. Recuperado de: <https://www.grau.pe/historia-de-la-guerra-con-chile/jorge-basadre-y-las-razones-de-una-guerra/>
- Diario El peruano (8 de octubre de 1880). *Relación oficial de jefes, oficiales y tropa de las baterías de Barranco*. No.82
- Escobar, J. y Parra, G., (08 de Julio de 2009), *Las rabonas*, Lima: Diario Correo, *Recuperado de* <https://diariocorreo.pe/opinion/las-rabonas-156018/>
- Fernández, J. (Productor). (2009). *Sucedió en el*

- Perú. [serie de televisión]. Perú: TV Perú
- Fuentes, M. (1985). *Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. Lima: Fondo del Libro - Banco Industrial del Perú.
- García, A. (2016). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú 1809-1821*. Ayacucho: Editorial Biblioteca
- Larraín, P. (2000). Mujeres tras la huella de los soldados. *Historia*, 33, 227-261. DOI: 10.4067/S0717-71942000003300005.
- Larraín, P. (2006). *La Presencia de la Mujer Chilena en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario de la Universidad Gabriela Mistral
- Leonardini, N. (2014). Presencia femenina durante la Guerra del Pacífico. El caso de las rabonas. *NORBA, Revista de Arte*, 34, 177-195.
- Markham, C. (1881). *La guerra entre el Perú y Chile*. Londres: Tasoello.
- Melgar, M. (1813). El ruiseñor y el calesero. *Periódico El Investigador* (32).
- Méndez, C. (2006). Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnicidad en el Perú, siglos XIX al XX. *Iconos, Revista de Ciencias Sociales* (26), 17-34.
- Milla, C. (1980). *Recopilación de partes y documentos de la guerra del Pacífico*. Lima: Editorial Milla
- Batres
- Mujica, H. (2008). *El soldado desconocido y la rabona heroica* 25 de agosto. Recuperado de: <https://www.voltairenet.org/article157911.html>
- Respaldiza, J. (2 de agosto de 2012). Marta, la cantinera por José Respaldiza Rojas. Recuperado de <https://revistaarchivosdelsur.blogspot.com/2012/08/marta-la-cantinera-por-jose-respaldiza.html>
- Rostorowsky, M. (2006). *Ensayos de historia andina II: Pampas de Nazca, género, hechicería*. Lima: Instituto de Estudios Andinos.
- Sagredo, R. y Gazmuri, C. (2006). Historia de la vida privada en Chile. Tomo II: El Chile moderno De 1840 a 1925. *Historia*, 1(40)184-190.
- Tristán, F. (1838). *Peregrinaciones de una paria*. Lima: UNMSM - Fondo Editorial.
- Vicuña, B. (1981). *Historia de la Guerra del Pacífico* (corresponsal de El Mercurio de Valparaíso) Santiago de Chile: Rafael Jover.
- Villalobos, R. (2019). Las Rabonas. Recuperado de: <https://sicreesinnovas.com/las-rabonas/>
- Villavicencio, M. (1992). Del silencio a la palabra: *Mujeres peruanas en los siglos XIX y XX*. Lima: Edit. Fondo F. Tristán.